

## ELLAS NO TENÍAN HERMANOS, NOSOTROS NO TENÍAMOS HERMANAS

AS REVISTAS QUE NOSOTROS leíamos eran "El Peneca" que costaba diez pesos y "El Simbad", más pequeño, que valía sólo cinco. Leíamos también la revista "Estadio" y otra de aventuras llamada "Okey", claro que ésa era para gente más grande, pero en la historia que ahora les cuento, las que importan son El Simbad y El Peneca. Les sabía muy bien el precio porque obsesivos, tratábamos con mis hermanos de juntar dinero para alcanzar a comprar alguna de esas joyas anheladas, aunque no siempre lo conseguíamos. Encima los números que acababan de llegar al kiosco de calle Balmaceda estaban dedicados a la navidad, nos faltaban apenas tres días para que fuera veinticinco de diciembre.



Claro que ellas sí podían comprarlas, me refiero a las niñas de la esquina que eran aplicadas y lindas. Se sacaban siempre buenas notas y tenían los primeros puestos. Tal vez era ésa la razón por la que les daban dinero para que cada semana compraran esas revistas. Pero ellas eran además buenas amigas, después que las leían nos las prestaban siempre, claro que después jamás se olvidaban de pedir las de vuelta.

Y la mañana del veintitrés pasó una de ellas rumbo al quiosco. Se la veía muy contenta pero, tras pasarse unos pasos más allá de nuestra casa, se dio vuelta a mirarme y deshizo sus pasos hasta llegar hasta mí así medio como sonriendo. Entró por nuestro jardín, venía a proponerme un negocio, así me dijo, pero era un negocio que no se lo podía contar a nadie, o sea "un secreto" -a las niñas les gusta mucho andar con eso de los secretos-, y así como diciendo, pero no diciendo, me lanzó de sopetón:

-Si me lo muestras te daría los diez pesos del Peneca -así me dijo indicándome ahí abajo, y agregó un poco tartamuda -es curiosidad científica-. Como se dio cuenta que yo necesitaba una explicación mayor, agregó aumentando el tartamudeo -es para mi proyecto "EL CUERPO HUMANO".

Nos fuimos detrás de la hilera de pinos que había al costado de mi casa y me bajé los pantalones para que lo viera. Ella se agachó para observar mejor mientras me pasaba sus diez pesos.

Iba subiéndome los pantalones pero ella me detuvo diciéndome, quizá con curiosidad aún más que científica -te doy también los cinco del Simbad si te echas ese cuerito para atrás -obvio, lo hice mientras ella ponía sus cinco monedas en el bolsillo de mi camisa. Iba subiéndome los pantalones otra vez pero agregó -ya no tengo más plata, pero me gustaría tocarlo.

No sé de dónde me salió una vocación mercantilista que no tengo ni tendré, lo cierto es que le respondí que bueno, que me lo tocara si quería, pero que por eso me quedaría debiendo cinco pesos. Y lo tocó. Al principio un poquito suave y con cuidado, después me dio un apretoncito con sus manos blancas. Fue grato.

Partí a comprar El Peneca y El Simbad, y detrás de esos pinos que fueron mi escondite favorito, alcancé a hojear algo esas páginas llenas de aventuras adornadas ahora con viejos pascueros, venados y guirnaldas de oro y plata. No alcancé sin embargo, a leer historia alguna porque un impulso que no sé de dónde vino, me hizo levantar carrera hasta su casa y golpear en su puerta. Apenas hizo aparición, le pasé El Simbad y El Peneca y le dije “te los regalo, después que los hayan leído me los prestas”. Ella primero movió la cabeza como diciendo que no, que la plata me la había ganado bien, pero yo insistí diciéndole que sería mi regalo de pascua. Ella tomó entonces las revistas sonriendo.

-Gracias –dijo –porque no sabía qué les iba a contar a mis hermanas. Y a mí, el leso, en vez de sonreír o decir algo grato, o simplemente callarme, se me ocurrió preguntarle por qué no podría haberles dicho lo de su proyecto de la escuela. La niña se puso bien colorada y después sonrió, sólo sonrió.

Alcancé a dar dos pasos de vuelta, pero eché marcha atrás y le dije que me podía pedir que se lo mostrara las veces que quisiera y que si quería podía también tocármelo, no habría problema. Y quise decirle que tal vez podría dejarme que yo le viera lo suyo de vez en cuando, y quizá dejarme que se lo tocara, pero sentí vergüenza. Qué curiosidad científica iba a creer ella que podría tener yo, con lo desordenado que era entonces –en realidad, nunca pude ordenarme lo suficiente-. Claro que antes que la puerta de la niña se cerrara, sólo me atreví a decirle que por el toque de recién no me debía nada, que se olvidara de la deuda, sería como un regalo más que ella recibiría por Navidad.

MARTÍN FAUNES AMIGO